

Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista

León Trotsky
Junio de 1921

(Versión al castellano desde “[Rapport sur la crise économique mondiale et les nouvelles tâches de l’IC](#)” en *Nouvelle étape*, dentro de [Léon Trotsky-Les auteurs marxistes en langue française-MIA](#). Aunque es presentado así en muchos lugares (ver por ejemplo su obra *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista* en estas mismas EIS, páginas 232-256 del formato pdf, con versión alternativa: “La situación mundial”), este texto no se corresponde con la *intervención* de Trotsky en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista; él mismo explica su historia en el prefacio a su obra *Nueva etapa*: “Para la primera parte de mi libro no me he servido de las actas taquigráficas de mi discurso en el congreso (en él estaba obligado a tomar la palabra en alemán, lo que, ¡desgracia!, dio a mi alocución un carácter simplificado, a menudo “aproximativo”) sino de mi informe ruso sobre el mismo tema, informe que precedió al congreso. Les ruego a los camaradas que deseen conocer mi informe en el congreso que utilicen el texto de la presente obra como más preciso.”, en *Nueva etapa*, página 3 del formato pdf, [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\)](#). El lector podrá descargarse [en esta misma serie](#) los siguientes materiales correspondientes a la preparación, celebración y resultado del Tercer Congreso de la IC sobre esta cuestión: “[Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista \(3er Congreso III Internacional\)](#)”, “[La situación económica mundial. Discurso en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista el 23 de junio de 1921](#)”, “[[Resumen del discurso pronunciado en la tercera sesión del Tercer Congreso de la IC](#)]” y, tal vez también a modo de conclusión política: “[Las enseñanzas del Tercer Congreso de la Internacional Comunista](#)”; entre junio y julio de 1921 el lector encontrará más materiales correspondientes a este congreso.)

<i>La situación mundial (1917-1921)</i>	2
<i>La burguesía se tranquiliza</i>	3
<i>¿Se ha restablecido el equilibrio mundial?</i>	5
<i>La decadencia económica de Europa expresada en cifras</i>	6
<i>El desarrollo económico de Norteamérica</i>	12
<i>Otros países. La crisis</i>	13
<i>Del desarrollo económico a la crisis</i>	15
<i>Recuperación tras la guerra</i>	16
<i>La crisis actual</i>	17
<i>Crisis, recuperación y revolución</i>	18
<i>La agudeza de las contradicciones sociales</i>	19
<i>Los campesinos</i>	19
<i>Una nueva clase media</i>	20
<i>Relaciones internacionales</i>	20
<i>La clase obrera después de la guerra</i>	23
<i>Perspectivas y tareas inmediatas</i>	24

La situación mundial (1917-1921)

¡Camaradas! El problema al que se dedicará mi informe es muy complejo, y me temo que mi intervención será demasiado larga. Me siento obligado a pedirles que le presten mucha atención, sobre todo porque no estoy seguro de haber conseguido agrupar los datos que poseo de manera que mi informe requiera menos esfuerzo por parte de mis oyentes; es decir, no estoy seguro de poder exponer mis ideas sobre la situación internacional con el orden y la claridad necesarios.

Desde la guerra imperialista hemos entrado en un período revolucionario, es decir, un período en el que los propios fundamentos del equilibrio capitalista se están sacudiendo y desmoronando gradualmente. El equilibrio capitalista es un fenómeno muy complejo; el régimen capitalista construye este equilibrio, lo rompe, lo reconstruye y lo vuelve a romper, ampliando al mismo tiempo los marcos de su dominación. En el ámbito económico, las crisis y los repuntes de actividad constituyen rupturas y restablecimientos del equilibrio. En el ámbito de las relaciones de clase, la ruptura del equilibrio consiste en huelgas, cierres patronales, lucha revolucionaria. En el ámbito de las relaciones entre estados, la ruptura del equilibrio es la guerra o, de forma debilitada, la guerra arancelaria, la guerra económica o el bloqueo. El capitalismo tiene así un equilibrio inestable que, a su vez, se rompe y se recupera. Pero al mismo tiempo, este equilibrio tiene una mayor fuerza de resistencia, cuya mejor prueba es que el mundo capitalista aún no se ha derrumbado.

La última guerra imperialista es el acontecimiento que consideramos, con razón, un golpe terrible, sin precedentes hasta ahora en la historia, para el equilibrio del mundo capitalista. En efecto, después de la guerra, comienza la época de los grandes movimientos de masas y de las luchas revolucionarias. Rusia, que era el eslabón más débil de la cadena capitalista, fue la primera en perder su equilibrio, y la primera en entrar en el camino de la revolución, en marzo de 1917. Nuestra revolución de marzo tuvo un gran efecto en las masas trabajadoras de Inglaterra. El año 1917 fue, en Inglaterra, el año de las inmensas huelgas durante las cuales el proletariado inglés logró detener el proceso de descenso del nivel de vida de los trabajadores, proceso provocado por la guerra. En noviembre de 1917, la clase obrera de Rusia tomó el poder. Una oleada de huelgas recorrió todo el mundo capitalista, empezando por los países neutrales. En el otoño de 1918, Japón vivió la gran “revuelta del arroz” que, según algunos datos, llegó a implicar a un 25 % de la población del país y provocó una cruel persecución por parte del gobierno del Mikado. En enero de 1918, estalla una huelga masiva en Alemania. A finales de 1918, tras el colapso del militarismo alemán, se produjeron revoluciones en Alemania y Austria-Hungría. El movimiento revolucionario se extendió cada vez más. Comienza el año 1919, el más crítico para el capitalismo, al menos en Europa. En marzo de 1919, se proclamó una república soviética en Hungría. En enero y marzo de 1919 tuvieron lugar en Alemania crueles combates entre los obreros revolucionarios y la república burguesa. En Francia, durante la desmovilización, la situación se vuelve tensa, pero la ilusión de la victoria y la esperanza de sus frutos dorados son todavía demasiado poderosas; la lucha aquí no alcanza, ni de lejos, una intensidad igual a la de los países vencidos. En Estados Unidos, a finales de 1919, las huelgas eran de gran envergadura y afectaban a trabajadores ferroviarios, mineros, siderúrgicos, etc. El gobierno de Wilson inició una furiosa persecución contra la clase obrera. En la primavera de 1920, en Alemania, el intento contrarrevolucionario de Kapp moviliza y empuja a la clase obrera a la batalla. Sin embargo, el intenso y desordenado movimiento de los obreros alemanes es sofocado esta

vez de nuevo por la república de Ebert, que acababan de salvar. En Francia, la situación política es más tensa en mayo de 1920, cuando se proclama la huelga general, pero ésta nunca llegó a serlo, fue mal preparada y traicionada por los dirigentes oportunistas que, sin atreverse a admitirlo, nunca la habían querido. En agosto fracasa la marcha del Ejército Rojo sobre Varsovia, que también forma parte de la lucha revolucionaria internacional. En septiembre, los obreros italianos, tomando al pie de la letra la agitación revolucionaria, puramente verbal, del partido socialista, tomaron fábricas y plantas, pero, vergonzosamente traicionados por el partido, sufrieron una derrota en toda la línea y han sido sometidos desde ese día a una implacable contraofensiva por parte de la reacción de la coaligada. En diciembre, tuvo lugar una huelga de masas revolucionaria en Checoslovaquia. Finalmente, en el transcurso de 1921, se desarrolla en el centro de Alemania una lucha revolucionaria que deja un gran número de víctimas, y en Inglaterra estalla una nueva y obstinada huelga de mineros.

Cuando, durante el primer período de la posguerra, observamos el desarrollo del movimiento revolucionario, muchos pudimos creer, con suficientes razones históricas, que este movimiento, creciendo cada vez más en fuerza y alcance, conduciría directamente a la toma del poder por la clase obrera. Sin embargo, han pasado casi tres años desde la guerra. En todo el mundo, excepto en Rusia, el poder sigue en manos de la burguesía. Ciertamente, durante todo este tiempo, el mundo capitalista no ha permanecido inmutable. Cambiaba. Europa, el mundo entero pasó por un período de desmovilización, extremadamente peligroso para la burguesía, un período de desmovilización de los hombres y de las cosas, es decir de la industria, un período en el que se produjo un monstruoso aumento de la actividad comercial después de la guerra y luego una crisis que aún no ha terminado. Así pues, se nos plantea un interrogante de gran envergadura: ¿la evolución que se está produciendo en estos momentos tiende realmente a la revolución, o debemos admitir que el capitalismo ha superado los obstáculos creados por la guerra y que, si no ha restablecido aún el equilibrio capitalista, al menos lo está haciendo sobre una nueva base de posguerra?

La burguesía se tranquiliza

Antes de analizar esta cuestión en correlación con su base económica, si la estudiamos en primer lugar desde el punto de vista político, nos veremos obligados a constatar que toda una serie de signos, hechos y declaraciones atestiguan que la burguesía, considerada como clase dominante, se ha hecho más fuerte y estable, o al menos eso cree. En 1919, la burguesía europea se encontraba en un estado de desorden; era una época de terror pánico, verdaderamente insano, ante el bolchevismo, que imaginaba de forma vaga y tanto más amenazadora, y que los carteles de París mostraban como un hombre con un cuchillo entre los dientes. En realidad, la burguesía europea personificó en el fantasma bolchevique con un cuchillo el miedo al castigo por los crímenes que había cometido durante la guerra. En cualquier caso, sabía hasta qué punto los resultados de la guerra estaban por debajo de las promesas que había hecho. Sabía exactamente cuánto se había sacrificado en hombres y propiedades. Temía la liquidación de las cuentas. El año 1919 fue, sin duda, el más crítico para la burguesía. En 1920 y 1921 volvió a tener cada vez más confianza en sí misma y, al mismo tiempo, se fortaleció su aparato gubernamental, que, en algunos países, como Italia, había estado en completa descomposición inmediatamente después de la guerra. El aplomo de la burguesía tomó su forma más llamativa en Italia tras la cobarde traición del partido socialista en septiembre. La burguesía creyó encontrar cortándole su camino a bandoleros y asesinos amenazantes; y se encontró con que sólo tenía delante a cobardes. Como una enfermedad me ha impedido

últimamente trabajar activamente, he tenido la oportunidad de leer muchos periódicos extranjeros y he acumulado todo un archivo de recortes que caracterizan claramente el cambio de sentimientos de la burguesía y su nueva apreciación de la situación política mundial. Todas las pruebas se reducen a una: la moral de la burguesía es en este momento, sin duda, mucho mejor que en 1919 e incluso en 1920. Así, por ejemplo, las correspondencias publicadas en un periódico suizo serio y netamente capitalista, el *Neue Züricher Zeitung*, sobre la situación política en Francia, Italia y Alemania, son muy interesantes al respecto. Suiza, al depender de estos países, se interesa mucho por su situación interna. Por ejemplo, este periódico escribió lo siguiente sobre los acontecimientos de marzo en Alemania:

“La Alemania de 1921 ya no se parece a la de 1918. La conciencia gubernamental se ha reforzado en todas partes, hasta el punto de que los métodos comunistas son ahora fuertemente resistidos por todos los sectores de la población, aunque la fuerza de los comunistas, que durante la revolución sólo estaban representados por un pequeño grupo de hombres decididos, se ha multiplicado desde entonces por más de diez.”

En abril, el mismo periódico, con motivo de las elecciones al parlamento italiano, pintó la situación interna de Italia de la siguiente manera:

“Año 1919: la burguesía está desorganizada, el bolchevismo ataca en filas prietas. Año 1921: el bolchevismo es derrotado y dispersado, la burguesía ataca en filas prietas”.

Un influyente periódico francés, *Le Temps*, escribió con motivo del 1 de mayo de este año que no quedaba ni rastro de aquella amenaza de golpe de estado revolucionario que había envenenado el ambiente en Francia en mayo del año pasado, etc.

Por lo tanto, que la clase burguesa haya recuperado su valor no es dudoso, como tampoco lo es el fortalecimiento del aparato policial de los estados después de la guerra. Pero este hecho, por importante que sea, no resuelve en absoluto el problema, y nuestros enemigos, en cualquier caso, están demasiado ansiosos por sacar conclusiones sobre el fracaso de nuestro programa. Ciertamente, en 1919 esperábamos ver por tierra y derrotada a la burguesía. Pero es obvio que no estábamos seguros de ello, y que ciertamente no fue en vistas de este plazo preciso sobre lo que basamos nuestro plan de acción. Cuando los teóricos de las internacionales 2 y 2 y $\frac{1}{2}$ dicen que fallamos en nuestras profecías, puede pensarse que estábamos prediciendo un fenómeno astronómico: que nos equivocamos en nuestro cálculo matemático, según el cual se produciría un eclipse en una fecha determinada, y que por ello parecería que éramos malos astrónomos. En realidad, sin embargo, no es así en absoluto: no predijimos un eclipse de sol, es decir, un fenómeno ajeno a nuestra voluntad y ámbito de actuación. Era un acontecimiento histórico que debía cumplirse y que se cumplirá con nuestra participación. Cuando hablábamos de la revolución que iba a resultar de la guerra mundial, significaba que intentábamos, y seguimos intentando, aprovechar las secuelas de esa guerra para acelerar el advenimiento de una revolución universal. Si la revolución no se ha producido hasta ahora en todo el mundo o al menos en Europa, esto no significa que la “IC haya quebrado”, su programa no se basa en fechas astronómicas. Esto está claro para cualquier comunista que haya analizado sus puntos de vista de alguna manera. Pero como la revolución no llegó tras las huellas todavía ardientes de la guerra, es bastante obvio que la burguesía aprovechó un momento de respiro si no para reparar, al menos para ocultar las consecuencias más terribles y amenazadoras de la guerra. ¿Tuvo éxito? Lo consiguió en parte. ¿En qué medida? Esta es la esencia misma de la cuestión que se refiere al restablecimiento del equilibrio capitalista.

¿Se ha restablecido el equilibrio mundial?

¿Qué significa el equilibrio capitalista, del que el menchevismo internacional habla hoy con gran confianza? Este concepto de equilibrio no es analizado ni explicado por los socialdemócratas. El equilibrio capitalista está determinado por múltiples hechos, fenómenos y factores: de primer, segundo y tercer orden. El capitalismo es un hecho global. Ha conseguido dominar el mundo entero, y lo hemos visto de forma muy llamativa durante la guerra y el bloqueo, cuando un país producía en exceso, sin tener mercado para sus mercancías, mientras otro necesitaba productos que le eran inaccesibles. Y en estos mismos momentos, la interdependencia de las distintas partes del mercado mundial se hace sentir en todas partes. En el punto que alcanzó antes de la guerra, el capitalismo se basa en la división internacional del trabajo y en el intercambio internacional de mercancías. Estados Unidos tiene que producir cierta cantidad de trigo para Europa. Francia tiene que producir una cierta cantidad de bienes de lujo para Estados Unidos. Alemania tiene que producir una cierta cantidad de artículos baratos y cotidianos para Francia. Sin embargo, esta división del trabajo no es en absoluto constante, determinada de una vez por todas. Se establece históricamente, se ve perturbada por las crisis, por la competencia, por no hablar de las guerras arancelarias, se recupera y se desorganiza a su vez. Pero, en general, la economía mundial se basa en el hecho de que la producción se reparte más o menos entre los diferentes países. Esta misma división del trabajo universal, perturbada hasta la médula por la guerra, se restablece, ¿sí o no? Esta es una parte de la cuestión.

En todos los países, la agricultura produce objetos para la industria, algunos para uso personal de los trabajadores, otros para uso industrial (materias primas) por parte de la industria; por su parte, la industria suministra al campo objetos de uso personal y doméstico, así como instrumentos de producción agrícola. También aquí se establece una cierta reciprocidad. Por último, dentro de la propia industria, vemos la fabricación de medios de producción y objetos de uso cotidiano, entre los que se establece una cierta correlación, que se ve continuamente perturbada y restablecida sobre nuevas bases. La guerra ha destruido todas estas relaciones, ya por el hecho mismo de que durante toda su duración la industria de Europa, y en gran medida de Norteamérica y Japón, no produjo tanto objetos de uso cotidiano y medios de producción, como medios de destrucción. Que, aunque se fabricaran objetos de uso personal, estos objetos eran utilizados más bien por los destructores, soldados de los ejércitos imperialistas, que por los obreros-productores. Pues bien, ¿se han restablecido estas relaciones destruidas entre la ciudad y el campo, entre las diferentes ramas del trabajo dentro de la industria de los países particulares, sí o no?

Y luego hay que considerar el equilibrio de clases en función del de la economía nacional. En el período anterior a la guerra, existía una paz armada, no sólo en las relaciones internacionales, sino también en gran medida entre la burguesía y el proletariado, gracias a un sistema de convenios colectivos relativos a los salarios, acuerdos celebrados por los sindicatos centralizados y el capital industrial, que a su vez estaba cada vez más centralizado. Este equilibrio también se rompió con la guerra, que provocó un tremendo movimiento de huelgas en todo el mundo. ¿Se ha restablecido, sí o no, el equilibrio relativo de clases en la sociedad burguesa, sin el cual toda producción resulta imposible? ¿Y en qué se basa?

El equilibrio entre las clases está estrechamente relacionado con el equilibrio político. La burguesía, durante la guerra e incluso antes de la guerra, aunque seamos menos conscientes de ello, mantuvo su mecanismo interno en equilibrio con la ayuda de los socialdemócratas, los socialpatriotas, que fueron sus principales agentes y mantuvieron a la clase obrera en el marco de un equilibrio burgués. Sólo gracias a esto la

burguesía pudo hacer la guerra. ¿Ha reconstituido ahora su sistema político y hasta qué punto los socialdemócratas han conservado o perdido su influencia sobre las masas y son capaces de desempeñar su papel de guardianes de la burguesía?

Más adelante, se plantea la cuestión del equilibrio internacional, es decir, la coexistencia de los estados capitalistas, sin la cual, obviamente, la reconstrucción de la economía capitalista se hace imposible. ¿Se ha alcanzado el equilibrio en este ámbito, sí o no?

Hay que analizar todas las vertientes del problema para poder responder a la pregunta de si la situación mundial sigue siendo revolucionaria o, por el contrario, si tienen razón quienes consideran que nuestros objetivos revolucionarios son utópicos. El estudio de todos los aspectos de este problema debe ilustrarse con numerosos hechos y cifras que son difíciles de someter a una gran asamblea y que son difíciles de recordar. Por lo tanto, trataré de exponer sólo algunos hechos esenciales que nos permitan orientarnos en este problema.

¿Se ha establecido una nueva división internacional del trabajo? En este campo, el hecho decisivo es el traslado del centro de gravedad de la economía capitalista y del poder burgués de Europa a Norteamérica. Este es un hecho esencial que cada uno de ustedes, camaradas, debe grabar en su memoria de la manera más precisa, para poder comprender los acontecimientos que se están desarrollando ante nosotros y que seguirán desarrollándose en los años venideros. Antes de la guerra, Europa era el centro capitalista del mundo; era su principal depósito, su principal fábrica y su principal banco. El industrial europeo, primero inglés y luego alemán; el comerciante europeo, especialmente inglés; el usurero europeo, primero inglés y luego francés, fueron los directores efectivos de la economía mundial y, en consecuencia, de la política mundial. Esto ya no es así; Europa ha pasado a un segundo plano.

La decadencia económica de Europa expresada en cifras

Intentemos determinar en cifras, al menos aproximadas, este hecho del traslado del centro de gravedad económico y medir el declive económico de Europa. Antes de la guerra, la propiedad nacional, es decir, la riqueza total de todos los ciudadanos y estados que participaron en la última guerra, estaba valorada en unos 2.400.000 millones de marcos de oro. La renta anual de todos estos países, es decir, la cantidad total de objetos que producen en el curso de un año, se estimó en 340.000 millones de marcos. ¿Cuánto gastó y destruyó la guerra? Nada más y nada menos que 1.200.000 millones de marcos de oro, es decir, justo la mitad de lo que los países beligerantes habían amasado durante toda su existencia. Es evidente que los gastos de guerra se cubrieron en primer lugar con los ingresos corrientes. Pero si suponemos que la renta nacional de cada país sólo disminuyó en un tercio durante la guerra, debido a la enorme reducción de la mano de obra, y que, por tanto, ascendió a 225.000 millones de marcos; si, por otra parte, tomamos en consideración el hecho de que todos los gastos, aparte de los de guerra, absorbieron el 55 %, debemos concluir que la renta nacional actual sólo pudo cubrir los gastos de guerra en la proporción de 100.000 millones de marcos oro anuales, lo que, para los cuatro años de la guerra, asciende a 400.000 millones de marcos. En consecuencia, los 800.000 millones de marcos que faltaban tuvieron que ser tomados del propio capital de las naciones beligerantes y principalmente mediante la no reconstrucción de su aparato productivo. Se deduce, por tanto, que la riqueza general de los países beligerantes después de la guerra ya no vale 2.400.000 millones de marcos de oro, sino sólo 1.600.000, es decir, ha disminuido en un tercio.

Sin embargo, no todos los países que han participado en la guerra se han empobrecido en la misma medida. Por el contrario, entre los países beligerantes, como veremos, hay países que se han enriquecido, como Estados Unidos y Japón. Esto significa que los estados europeos que participaron en la guerra perdieron más de un tercio de su riqueza nacional, y algunos, como Alemania, Austria-Hungría, Rusia y los países balcánicos, mucho más de la mitad.

Como saben, el capitalismo como organización económica está plagado de contradicciones. Estas contradicciones alcanzaron proporciones colosales durante la guerra. Para obtener los medios para hacer la guerra, el estado recurrió principalmente a las dos medidas siguientes: en primer lugar, emitió papel moneda y, en segundo lugar, lanzó préstamos. De este modo, la circulación de los llamados valores aumentó cada vez más; con este medio, el estado extrajo valores materiales reales del país y los destruyó en la guerra. Cuanto más gasta el estado, es decir, cuantos más valores reales destruye, más valores ficticios se acumulan en el país. Los títulos de deuda se amontonaban por todas partes. Parecía que el país se había enriquecido extraordinariamente, pero en realidad sus funciones económicas eran cada vez más débiles, estaban cada vez más minadas, se desmoronaban. Las deudas estatales alcanzaron unos 1.000.000 de marcos de oro, lo que constituye el 62 % de la actual riqueza nacional de los países beligerantes. Antes de la guerra, había unos 28.000 millones de marcos de oro en papel moneda y títulos de crédito en circulación; ahora hay entre 220.000 y 280.000 millones, es decir, diez veces más, sin contar, por supuesto, a Rusia, ya que estamos hablando sólo del mundo capitalista. Todo esto concierne principalmente, si no exclusivamente, a los países de Europa, especialmente a los del continente y, en primer lugar, a los de la Europa central. En general, a medida que Europa se empobrecía y seguía empobreciéndose, se cubría y se cubre con una capa cada vez más gruesa de papel-valor o del llamado capital ficticio. Este capital ficticio: papeles de crédito, letras del tesoro, acciones de préstamo, billetes de banco, etc., representa la memoria del capital muerto o la esperanza de un nuevo capital. Pero en estos momentos no le corresponde ningún capital real. Cuando el estado negociaba un préstamo para obras productivas, como por ejemplo para el Canal de Suez, los valores en papel emitidos por el estado tenían su contrapartida en un valor real, el Canal de Suez, por ejemplo, que deja pasar los barcos, recibe una remuneración por ello, da ingresos, en una palabra: participa en la economía nacional. Pero cuando el estado pidió un préstamo para la guerra, los valores movilizados por medio del préstamo destruyeron y arruinaron nuevos valores al mismo tiempo. Sin embargo, los bonos se quedaron en los bolsillos y carteras de los ciudadanos; el estado les debe cientos de miles de millones, y estos cientos de miles de millones existen en forma de riqueza en papel en los bolsillos de los que han prestado al estado. Pero, ¿dónde están esos miles de millones reales? No existen. Han sido destruidos, han sido quemados. El titular de este papel, ¿qué espera? Si es francés, espera que Francia le arrebate esos miles de millones al alemán, con la carne del deudor, y le pague.

La destrucción de los fundamentos de las naciones capitalistas, es decir, la destrucción de su aparato productivo, ha llegado, en realidad y en muchos aspectos, más allá de lo que las estadísticas pueden establecer. Este hecho es especialmente llamativo en la cuestión de la vivienda. En vistas de los enormes beneficios de la guerra y la posguerra, todas las fuerzas del capital se han dirigido a la producción de nuevos objetos de consumo personal o militar. La reconstrucción del aparato productivo básico se descuidó cada vez más. Esto se aplica especialmente a la construcción de viviendas urbanas. Las casas viejas fueron mal reparadas, los edificios nuevos se construyeron sólo en cantidades insignificantes. Esto ha provocado una enorme necesidad de vivienda en el mundo capitalista. Si en la actualidad, como consecuencia de la crisis, durante la cual los

principales países capitalistas no utilizan más que la mitad o un tercio de sus posibilidades de producción, la ruina del aparato productivo no es tan visible, en cambio, en el ámbito de la vivienda y gracias al aumento incesante de la población, el desorden del aparato económico aparece con toda su fuerza. Se necesitan cientos de miles e incluso millones de viviendas en Norteamérica, en Inglaterra, en Alemania, en Francia. Pero el trabajo que requieren estas necesidades está encontrando dificultades insuperables causadas por el empobrecimiento general. La Europa capitalista está obligada, y lo estará durante muchos años, a estancarse, a reducir su campo de acción, a bajar su nivel de vida.

Como ya he dicho, dentro del empobrecimiento general de Europa, los distintos países se han empobrecido en diferentes proporciones. Tomemos como ejemplo a Alemania, el país que más ha sufrido de todas las grandes potencias capitalistas. Citaré algunas cifras básicas que caracterizan la situación económica de Alemania antes de la guerra y hoy. Estas cifras no son muy exactas. La anarquía capitalista hace muy difícil el cálculo estadístico de la riqueza y la renta nacionales. Un cálculo real de la renta y la riqueza sólo será posible en los regímenes socialistas y se expresará en unidades de trabajo humano; es obvio que estamos hablando aquí del régimen socialista bien organizado y de funcionamiento regular, que todavía estamos muy, muy lejos de conseguir. Pero incluso las cifras que no son del todo exactas nos servirán para hacernos una idea aproximada de los cambios que se han producido en la situación económica de Alemania y otros países durante los últimos 6 o 7 años.

La riqueza de Alemania en vísperas de la guerra se estimaba en 225.000 millones de marcos de oro y la renta nacional anual en 40.000 millones de marcos. Como es sabido, antes de la guerra Alemania se estaba enriqueciendo muy rápidamente. En 1896, sus ingresos fueron de 22.000 millones. En 18 años (1896-1913) aumentó en 18.000 millones, es decir, una media de mil millones al año. Estos 18 años fueron una época de enorme crecimiento del capitalismo en todo el mundo y especialmente en Alemania. En la actualidad, la riqueza nacional alemana se estima en 100.000 millones de marcos y la renta nacional en 16.000 millones de marcos, es decir, el 40 % del nivel de antes de la guerra. Aunque Alemania ha perdido parte de su territorio, sus mayores pérdidas se deben a los gastos de guerra y al saqueo que Alemania ha sufrido después de la guerra. El economista alemán Richard Lalwer, considera que, tanto en la industria como en la agricultura, Alemania produce ahora mucho menos de la mitad de la riqueza que tenía antes de la guerra. Así, los cálculos del economista alemán confirman en todos los aspectos las cifras que acabo de citar. Al mismo tiempo, la deuda del estado alemán ha crecido hasta los 250.000 millones de marcos, es decir, es dos veces y media mayor que la riqueza de Alemania. Además, Alemania debía pagar una contribución de 132.000 millones de marcos. Si los británicos y los franceses hubieran decidido tomar esta suma en su totalidad y de inmediato, se verían obligados a meterse en el bolsillo a toda Alemania, desde las minas de Stinnes hasta los gemelos del presidente Ebert. El papel moneda de Alemania asciende actualmente a 81.000 millones de marcos. Sólo 5.000 millones están respaldados por oro. Así, el valor interno del marco alemán no alcanza actualmente los 7 pfennigs.

Es cierto que después de la guerra Alemania apareció victoriosa en el mercado mundial exportando sus productos a un precio muy bajo. Si bien este bajo precio dejaba considerables beneficios a los comerciantes y exportadores alemanes, en última instancia era ruinoso para la población alemana en su conjunto. En efecto, los bajos precios en el mercado mundial se consiguieron bajando los salarios y matando de hambre a los obreros, haciendo que el estado contribuyera a la compra de pan, gravando, hasta cierto punto, los alquileres, lo que a su vez provocó la paralización total de la construcción de edificios, limitando las reparaciones, etc. De este modo, cada artículo alemán lanzado al mercado

mundial, lleva consigo una parte de la riqueza nacional alemana, contra la que Alemania no recibe ningún equivalente.

Para “sanear” la economía alemana es necesario estabilizar el tipo de cambio de su moneda, es decir, dejar de emitir papel moneda y reducir la cantidad de papel moneda en circulación. Pero para conseguir este resultado, hay que abandonar el pago de las deudas, es decir, hay que declarar la quiebra del estado. Esta medida, sin embargo, equivale en sí misma a una terrible sacudida de la balanza, ya que está relacionada con el paso de la propiedad de unas manos a otras, por lo que debe provocar una feroz lucha de clases por una nueva distribución de la renta nacional. Mientras tanto, Alemania sigue empobreciéndose y decayendo.

Tomemos ahora un país victorioso: Francia. Si comparamos la situación actual de Francia con la de 1918-1919, diremos: sí, hay algunas mejoras. Citaré inmediatamente las cifras de las que se enorgullecen los economistas burgueses franceses y que tienden a establecer la realidad de la reconstitución de la economía capitalista. Examinemos, por ejemplo, la situación de la agricultura francesa. Antes de la guerra, Francia producía 86 millones de quintales de trigo, 52 millones de avena y 132 de patatas al año. El año 1919 produjo 50 millones de quintales de trigo, la cosecha de 1920: 63 millones. En 1919 se cosecharon 77 millones quintales de patatas, en 1920: 103 millones. Examinemos el estado de la ganadería: en 1913, había 16 millones de ovejas en Francia, hoy (1921) hay 9 millones; había 7 millones de cerdos en Francia en 1913, ahora hay 4 millones. Como podemos ver, la disminución es considerable. Veamos la producción de carbón, esa base esencial de la industria. En 1913 se extrajeron 41 millones de toneladas de carbón en Francia, frente a 22 millones en 1919 y 25 en 1920; si se tiene en cuenta la producción de Alsacia-Lorena y de la cuenca del Sarre, se llega a una cifra de 35,6 millones de toneladas para la producción de 1920. Por lo tanto, podemos ver un aumento de la producción aquí, pero todavía está lejos de alcanzar el nivel de antes de la guerra. Sin embargo, ¿con qué medios se han logrado estos avances, por modestos que sean? En cuanto a la agricultura, se lo debemos principalmente al duro trabajo del campesino francés. Pero en el ámbito puramente capitalista, se logró principalmente mediante el saqueo de Alemania, de donde se tomaron vacas, semillas, máquinas, locomotoras, oro y sobre todo carbón.

Por lo tanto, desde el punto de vista de la economía general, no hay recuperación, no se ha creado ningún valor nuevo; se trata principalmente de un desplazamiento de los antiguos valores. También hay que añadir que Alemania perdió al mismo tiempo una y dos veces más de lo que recibió Francia.

Así, vemos que Francia, en particular, si bien ha arrebatado a Alemania sus principales distritos metalúrgicos y productores de carbón, está lejos de alcanzar su propio nivel de producción de antes de la guerra. Tomemos el comercio exterior francés. La balanza comercial caracteriza el equilibrio económico internacional, es decir, el estado del comercio entre varios países. Un país capitalista considera que su situación es favorable si exporta más de lo que importa. La diferencia se paga en oro. Dicho balance se denomina activo. Si un país se ve obligado a importar más de lo que puede exportar, su balance es un pasivo, y se ve obligado a añadir a los bienes que exporta una parte de su saldo de oro. Este último se derrite poco a poco, y así la base de su sistema monetario y de su crédito queda más o menos arruinada. Si tomamos a Francia en los dos últimos años, 1919-1920, es decir, en los dos años que la burguesía francesa ha dedicado a la obra de “reconstrucción”, veremos que el pasivo comercial en 1919 ascendió a 24.000 millones y en 1920 a 13.000 millones. La burguesía francesa nunca ha visto tales figuras, ni siquiera en sus más terribles pesadillas antes de la guerra. El pasivo comercial de estos dos años asciende a 27.000 millones. Ciertamente, durante el primer trimestre de 1921, Francia estableció su balanza comercial sin pasivos, es decir, sus exportaciones fueron

iguales a sus importaciones. Por ello, algunos economistas burgueses han cantado victoria: Francia estaría en proceso de reconstituir su equilibrio comercial, dicen. Pero el principal órgano de la burguesía francesa, *Le Temps*, escribía en esencia el 18 de mayo: “Se equivocan, no tenemos que pagar el oro de estos tres meses, habiendo importado muy pocas materias primas. Pero esto significa simplemente que en el segundo semestre de este año exportaremos pocos productos, que solemos producir con materias primas extranjeras y principalmente estadounidenses. Por lo tanto, si tenemos una balanza comercial favorable durante estos tres meses, nuestro pasivo comercial aumentará inevitablemente en el futuro.”

Antes de la guerra había menos de 6.000 millones de francos de papel moneda en circulación; en la actualidad hay más de 38.000 millones. En cuanto al poder adquisitivo del franco, el mismo periódico señala que hacia finales de marzo, cuando la crisis ya había comenzado en todo el mundo, los precios en Norteamérica habían subido un 23 %, es decir, menos de una cuarta parte del nivel de antes de la guerra, mientras que en Francia habían subido un 260 %, es decir, más de tres veces y media el nivel de antes de la guerra. Esto significa que el poder adquisitivo del franco se ha reducido varias veces. Veamos ahora el presupuesto francés. Se divide en dos partes: ordinario y extraordinario. El presupuesto ordinario se estima en 23.000 millones de francos, ¡una cifra desconocida antes de la guerra! ¿A qué se destinan estas monstruosas sumas? 15.000 millones se destinan a cubrir los intereses de la deuda; 5.000 millones al mantenimiento del ejército; total: 20.000 millones. Esto es todo lo que el estado francés estaba dispuesto a obtener del contribuyente. En realidad, sólo se recaudaron unos 17.500 millones. En consecuencia, los ingresos “ordinarios” del estado no alcanzan ni siquiera, ¡y por cuánto!, para pagar los intereses de las deudas y mantener el ejército. Pero seguimos teniendo gastos extraordinarios: más de 5.000 millones para las tropas de ocupación y 23.000 millones para todo tipo de retribuciones y reconstrucciones tras la guerra. Estos gastos se registran en la cuenta de Alemania. Pero está claro que cuanto más lejos vayamos, menos podrá pagar Alemania. Mientras tanto, el estado francés sigue viviendo de nuevos préstamos o de la impresión de papel moneda. Uno de los más destacados periodistas financieros franceses, el director de uno de los periódicos económicos más importantes, *l'Information*, el Sr. Léon Chavenon, aboga por la impresión continua de papel moneda, declarando: “No evitaremos esta necesidad más que con una quiebra abierta”. De este modo, sólo hay dos posibilidades: una quiebra enmascarada, gracias a la impresión ilimitada de papel moneda, o una quiebra abierta. En eso estamos en Francia, un país victorioso que, en medio de una Europa arruinada, se encuentra en una situación favorable, ya que ha podido y puede reconstituir su equilibrio a costa de Alemania. En cualquier caso, la situación de Italia y Bélgica no es mejor que la de Francia.

Pasemos ahora al país más rico y poderoso de Europa, Gran Bretaña. Nos hemos acostumbrado durante la guerra a decir que Inglaterra se enriquece con la guerra, que la burguesía inglesa ha empujado a Europa a la guerra y ahora se calienta con el fuego que ha encendido. Esto era cierto, pero sólo hasta cierto punto. Inglaterra se enriqueció en el primer periodo de la guerra, pero empezó a perder en el segundo. El hundimiento de Europa, y en particular de la Europa central, perturbó las relaciones comerciales entre Inglaterra y el continente. Esta circunstancia iba a suponer en última instancia un terrible golpe para la industria y las finanzas de Inglaterra, y así fue. Por otro lado, Inglaterra ha tenido que soportar enormes gastos debido a la guerra. Ahora se encuentra en un estado de decadencia, y esta decadencia es cada vez más pronunciada. Este hecho puede ser ilustrado por las cifras relativas a la industria y el comercio que voy a citar, pero no hay lugar a dudas, y encuentra su expresión en una serie de declaraciones abiertas y bastante oficiales de los más prominentes banqueros e industriales ingleses. Durante los meses de

marzo, abril y mayo, se publicaron en los periódicos ingleses las actas de las reuniones anuales de las sociedades anónimas, los bancos, etc. Estas reuniones, en las que los directores de las empresas leen sus informes sobre la situación general del país o de sus respectivos sectores industriales, ofrecen un material extremadamente instructivo. He recopilado todo un archivo de estos informes. Todos atestiguan el mismo hecho: la renta nacional de Inglaterra, es decir, el conjunto de todas las rentas de los ciudadanos del propio estado, se ha convertido en mucho menos de lo que era antes de la guerra.

Inglaterra se ha empobrecido. La productividad del trabajo ha disminuido. Su comercio internacional cayó en 1920, en comparación con el del último año antes de la guerra, al menos un tercio, y en algunas ramas, las más importantes, mucho más. Este cambio es más llamativo en la industria del carbón, que era la rama principal de la economía inglesa, o más bien la base de todo el sistema económico mundial inglés, siendo el monopolio del carbón la base del poder y la prosperidad de todas las demás ramas de la industria inglesa. Hoy no queda rastro de este monopolio. Estos son los datos sobre el estado de la economía inglesa: en 1913 las minas inglesas suministraron 287 millones de toneladas de carbón; en 1920 se extrajeron 233 millones de toneladas, es decir, un 20 % menos. Inglaterra produjo 10,4 millones de toneladas de hierro fundido; en 1920, algo más de 8 millones, es decir, todavía un 20 % menos. En 1913 exportó 73 millones de toneladas de carbón, y en 1920 apenas 25 millones, es decir, un tercio. Pero la debacle de la industria del carbón y de las exportaciones de carbón en 1921 llegó a ser bastante terrible. En enero se extrajeron 19 millones de toneladas; en febrero, 17; en marzo, 16. Luego vino la huelga general, durante la cual la extracción de carbón cayó casi a cero. La exportación de los cinco primeros meses de 1921 es 6 veces inferior a la del periodo correspondiente de 1913. La exportación total de mayo de 1921, calculada en términos monetarios, es tres veces menor que la de mayo de 1920. La deuda de Inglaterra el 1 de agosto de 1914 era de 71.000.000 de libras esterlinas; el 4 de junio de 1921 era de 770.900.000 libras esterlinas; es decir, se ha multiplicado por once. El presupuesto se ha triplicado.

El colapso de la economía inglesa encontró una expresión sorprendente en el tipo de cambio de la libra esterlina. En el mercado financiero mundial, la libra siempre ha sido la moneda dominante. Las monedas de todos los demás países se ajustaron al valor de la libra, que los ingleses llaman “soberana”. Ahora la libra ha perdido su protagonismo. Su lugar ha sido ocupado por el dólar, actual dueño del mercado financiero. La libra esterlina ha perdido ya un 24 % de su valor nominal frente al dólar. Esta es la situación de Inglaterra, el país más rico de Europa, el que menos ha sufrido las operaciones militares y el que más se ha enriquecido durante el primer periodo de la guerra.

Los datos que acabamos de citar caracterizan suficientemente la situación de toda Europa. De todos los países que participaron en la guerra, Austria ocupa un polo como país que más la sufrió (si no mencionamos a Rusia), Inglaterra está en el otro polo. Entre estos dos países se encuentran Alemania, Italia, Bélgica y Francia. Los países balcánicos han quedado completamente arruinados y han vuelto a un estado de barbarie económica y cultural. En cuanto a los países neutrales, sin duda se habían enriquecido durante el primer periodo de la guerra, pero al no poder desempeñar un papel económico autónomo por estar interpuestos entre las grandes potencias y depender económicamente por completo de éstas, la ruina de los principales estados de Europa tuvo como corolario enormes dificultades económicas para los países neutrales, que también perdieron mucho en comparación con el nivel que habían alcanzado durante el primer periodo de la guerra.

Así, la renta de Europa en su conjunto, es decir, la cantidad de riqueza material producida por toda la población europea, ha disminuido al menos un tercio en comparación con el nivel de antes de la guerra. Pero lo que es aún más esencial, como ya

he dicho, es la ruina del aparato económico básico. El campesino ya no encuentra abonos químicos, aperos de labranza, maquinaria agrícola, el propietario de la mina, deseando conseguir los precios más altos para su carbón, ya no renueva su maquinaria, los depósitos de locomotoras se vacían, en los ferrocarriles no se restauran suficientemente los equipos, etc. Como resultado de estas circunstancias, el propio tejido de la vida económica se ha hecho más débil, más delgado, menos resistente. ¿Cómo se pueden medir estos fenómenos, cómo podemos ser conscientes de ellos? Las estadísticas capitalistas no llegan a hacerlo. El inventario, es decir, la estimación del valor exacto de la economía, no sólo de un país, sino de toda Europa, nos habría demostrado sin lugar a dudas que el régimen de guerra, así como el de posguerra, se sostuvo y se sostiene a costa del capital productivo fundamental de Europa. Esto significa, por ejemplo, que Alemania, en lugar de emplear cincuenta mil trabajadores para mejorar el estado de sus minas, emplea cincuenta mil trabajadores más para extraer el carbón que está obligada a suministrar a Francia. Por otra parte, Francia, que tiende a exportar el mayor número posible de productos al extranjero para reducir su déficit comercial, no reconstruye a su vez sus equipos en las proporciones deseadas. Y esto afecta a todos los países de Europa, porque Europa en su conjunto presenta déficit comercial, es decir, un pasivo. El debilitamiento de los cimientos de la economía europea será mayor mañana que ayer y que hoy. El gran gusano de la historia está carcomiendo los cimientos de la estructura económica de Europa.

El desarrollo económico de Norteamérica

Si nos dirigimos al otro hemisferio, el panorama es completamente diferente. El desarrollo de Estados Unidos ha seguido una dirección diametralmente opuesta. Se ha enriquecido enormemente durante este tiempo. Participó en la guerra principalmente como proveedor. Por supuesto, también tuvo gastos relacionados con la guerra, pero estos gastos parecen insignificantes si los comparamos no sólo con sus beneficios de guerra, sino también con todos los beneficios que el desarrollo económico de Estados Unidos obtuvo de la guerra. Estados Unidos no sólo encontró en Europa un mercado casi ilimitado que compraba todo a precios altos, sino que se deshizo por muchos años de sus competidores en el mercado mundial, de Alemania e Inglaterra, que estuvieron principalmente al servicio de la guerra. Casi hasta la guerra, Estados Unidos exportaba principalmente productos agrícolas y materias primas, que constituían dos tercios de sus exportaciones totales. Durante la guerra, las exportaciones de Estados Unidos aumentaron de forma constante y con una rapidez febril. Basta decir que el excedente de sus exportaciones sobre las importaciones en el curso de seis años (1915-1920) se estima en 18.000 millones de dólares. Al mismo tiempo, el carácter de sus exportaciones ha cambiado radicalmente. En la actualidad, Estados Unidos exporta un 60 % de productos manufacturados y sólo un 40 % de productos agrícolas, ganado y materias primas, como el algodón, entre otros.

Para caracterizar el papel actual de los Estados Unidos en la economía mundial, citaré las siguientes cifras básicas: el 6 % de la población mundial vive en el territorio de los Estados Unidos, que ocupa el 7 % de la superficie terrestre; este país suministra el 20 % de la producción mundial de oro; los Estados Unidos poseen el 30 % del tonelaje de la flota comercial mundial, mientras que antes de la guerra sólo tenían el 5 %. La producción de acero y hierro en Estados Unidos constituye el 40 % de la producción mundial; la de plomo, el 49 %; la de plata, el 40 %; la de zinc, el 50 %; la de carbón, el 45 %; la de aluminio, el 60 %; la de cobre y la de algodón, el 66-70 %; la de maíz, el 75 %, y la de automóviles, el 85 %. En la actualidad hay 10 millones de automóviles en el mundo, de

los cuales Norteamérica tiene 8,5 millones y el resto del mundo 1,4 millones. En Estados Unidos hay un coche por cada 12 habitantes.

Así, el dominio del mercado mundial del carbón ha pasado definitivamente de manos de Inglaterra a las de Estados Unidos. En el campo del petróleo, que desempeña un papel cada vez más importante en la industria y la guerra, no es menos abrumadora la superioridad de Estados Unidos. Pero el cambio no sólo se ha producido en la industria y el comercio mundial, sino también en el mercado financiero. El principal usurero universal antes de la guerra era Inglaterra; inmediatamente después vino Francia. El mundo entero, incluido Estados Unidos, era su deudor. Por otra parte, en este momento, el único país que no debe nada a nadie y con el que todos los demás están en deuda es Estados Unidos. Europa, es decir, los estados, ciudades y empresas europeas deben a Estados Unidos 18.000 millones de oro. Y esto es sólo el principio. Cada día esta deuda aumenta en 10 millones de dólares, gracias a los intereses que no se pagan y a la apertura de nuevos créditos. Así es como el dólar se ha convertido, como acabo de decir, en el “soberano” del mercado financiero mundial. Antes, el dólar, cuando salía al mercado, decía: “valgo una quinta parte de la libra esterlina”. En lo que respecta a esta última, no necesitaba presentación: simplemente existía como una libra esterlina. Ahora la situación ha cambiado por completo. Hoy en día, la libra esterlina, al igual que otras unidades monetarias, necesita un pasaporte, y en este pasaporte se indica que la libra esterlina ya no es realmente una libra esterlina, sino que vale un determinado número de dólares (casi una cuarta parte menos de lo que marcaban las cotizaciones financieras de antes de la guerra). Aproximadamente la mitad del oro mundial que sustenta el sistema monetario se concentra ahora en Estados Unidos: ¡aproximadamente la mitad de las tenencias de oro del mundo!

Tal es la situación en Norteamérica después de la guerra. ¿Cómo se ha establecido? Se ha basado en el mercado bélico de Europa, que era ilimitado y pagaba cualquier precio. En las colonias británicas, en Asia, en África, así como en Sudamérica, Estados Unidos tenía competidores. Casi todos ellos han desaparecido y Estados Unidos puede desarrollarse sin obstáculos. Así, durante siete años, asistimos a una completa convulsión de la división del trabajo en el mundo. Durante más de cuatro años, Europa no fue más que un hogar en el que quemó no sólo sus ingresos, sino su propio capital; y fue este hogar el que le calentó las manos a la burguesía estadounidense. El poder productivo de Estados Unidos ha crecido inmensamente, pero el mercado ha dejado de existir, ya que Europa se ha empobrecido y ya no puede comprar productos estadounidenses. Es como si Europa hubiera ayudado a Norteamérica con todas sus fuerzas a subir el escalón más alto, sólo para arrancar la escalera debajo de sus pies.

Otros países. La crisis

Japón también se benefició en tiempos de guerra, y su capitalismo ha hecho grandes progresos, que, sin embargo, no pueden compararse con el desarrollo de Estados Unidos. Algunas ramas de la industria japonesa han florecido con la rapidez de una planta criada en un cálido invernadero. Sin embargo, aunque Japón ha podido desarrollar rápidamente ciertas ramas de su industria gracias a la ausencia de competidores, no podrá mantener las posiciones que ha conquistado ya que algunos de sus competidores han reaparecido en el mercado. La cifra general de obreros y obreras japoneses (la mano de obra femenina ha encontrado una aplicación muy amplia en Japón) se estima en 2.370.000, de los cuales 270.000 (aproximadamente el 12 %) están sindicados.

En los países coloniales y semicoloniales, en las Indias Orientales, en China, el capitalismo ha hecho grandes conquistas en los últimos años. Antes de la guerra, Asia

suministraba 56 millones de toneladas de carbón; en 1920, entregó 76 millones de toneladas, es decir, un 36 % más.

El mundo entero atraviesa actualmente una cruel crisis que comenzó en la primavera de 1920 en Japón y Norteamérica, es decir, en aquellos mismos países que estaban en progreso y no en decadencia durante este último período. La publicación económica inglesa *The Economist*, una de las más serias, cuenta de forma bastante curiosa los inicios de la crisis. Es un episodio muy interesante. El obrero estadounidense, vean ustedes, se ha hecho rico y comienza a comprar camisas de seda, cuya fabricación es la rama más importante de la industria textil japonesa. La industria de la seda japonesa creció enormemente en muy poco tiempo, pero siendo el poder adquisitivo de los obreros muy limitado y habiéndose debilitado de golpe, en cuanto la industria norteamericana comenzó a reagruparse tras la conclusión de la paz, se produjo inmediatamente una aguda crisis en la industria de la seda japonesa. Otras ramas de la industria se vieron a su vez afectadas por la misma crisis que cruzó el océano, estalló en Norteamérica y está alcanzando en todo el mundo proporciones desconocidas hasta ahora en la historia del capitalismo. Así, todo comenzó con una cosa insignificante, con una diminuta camisa de seda, y terminó en un gran desastre: los precios cayeron, cayeron con una rapidez vertiginosa; las fábricas comenzaron a cerrar sus puertas y a echar a sus obreros a la calle. *Ahora hay en Estados Unidos no menos de cinco millones o, según algunos, no menos de seis millones de parados.*

El episodio de las camisas de seda desempeña en la historia de la crisis un papel muy parecido al del golpe de ala del pájaro que provoca la avalancha. Es evidente que la avalancha estaba a punto de producirse. Sin embargo, este episodio no deja de ser interesante porque caracteriza la mejora definitiva de la situación material de algunas categorías de obreros estadounidenses en los últimos años. Una gran parte de los 8,5 millones de automóviles pertenecen a obreros estadounidenses cualificados, pero hoy, y sobre todo en un futuro próximo, a los obreros estadounidenses les importarán poco los automóviles y las camisas de seda...

Así que tenemos una crisis en Europa y otra en Norteamérica. Pero son dos crisis diferentes. Europa se ha empobrecido, Norteamérica se ha enriquecido. El aparato productivo de Estados Unidos está en relativa buena forma. Sus fábricas son de primer orden, su equipamiento está a punto; es cierto que la calidad de sus productos ha disminuido durante la guerra, que sus ferrocarriles ya no están en perfecto estado, que sus capitalistas se han ocupado principalmente del transporte de sus mercancías a los puertos de oriente, pero, en general, Norteamérica no sólo ha conservado su aparato económico, sino que incluso lo ha ampliado.

El poder adquisitivo de Europa ha disminuido. No ha ofrecido nada a cambio de las mercancías estadounidenses. El centro de gravedad de la economía mundial se ha desplazado a Norteamérica y, en parte, a Japón. Si Europa sufre de anemia, Estados Unidos no sufre menos de congestión. Este monstruoso desajuste entre la situación económica de Europa y la de Norteamérica, tan peligroso para ambas partes, ha encontrado su expresión más llamativa en el ámbito del transporte marítimo. En este último campo, como en tantos otros, la situación dominante antes de la guerra era prerrogativa de Inglaterra. Poseía alrededor del 50 % del tonelaje mundial. Buscando asegurar su dominio en todos los aspectos, Estados Unidos comenzó a construir su flota de guerra tan rápidamente como había desarrollado su comercio durante la guerra. Su tonelaje, que sólo era de 3 a 4 millones, asciende ahora (1921) a 15 millones y casi ha igualado al de Inglaterra.

El tonelaje mundial ha aumentado durante este último año en una quinta parte, y sin embargo la industria y el comercio del mundo están en declive. No hay nada que

transportar. La anemia de Europa y la congestión de Norteamérica paralizan igualmente el transporte en el Atlántico.

Del desarrollo económico a la crisis

Los economistas burgueses y los reformistas que tienen interés en presentar la situación del capitalismo bajo una luz favorable dicen: “La crisis actual no demuestra nada por sí misma. Por el contrario, es un fenómeno normal. Después de la guerra vimos un desarrollo industrial, ahora estamos atravesando una crisis; en consecuencia, el capitalismo vive y se desarrolla. En efecto, el capitalismo vive de crisis y recuperaciones, al igual que el hombre vive de aspirar y expirar a su vez. Primero vemos un desarrollo de la industria, luego tenemos una pausa, una crisis, tras una pausa en la propia crisis, una mejora, un nuevo periodo de desarrollo, otra pausa, etc.

La alternancia de crisis y períodos de desarrollo, con todas sus etapas intermedias, forma un ciclo o gran círculo de desarrollo industrial. Cada ciclo abarca un periodo de 8, 9, 10, 11 años. Si estudiamos los últimos 138 años, encontraremos que 16 ciclos corresponden a este periodo. Cada ciclo corresponde, por tanto, a algo menos de 9 años: $8,5 / 8$. Debido a sus contradicciones internas, el capitalismo no se desarrolla en línea recta, sino en zigzag: a veces sube, a veces baja. Es precisamente este fenómeno el que permite a los apologistas del capitalismo decir: “Como estamos asistiendo, después de la guerra, a una alternancia de altibajos, se deduce que todo va bien en el mundo capitalista”. Sin embargo, la realidad es muy diferente. El hecho de que el capitalismo siga sufriendo las mismas fluctuaciones demuestra simplemente que aún no está muerto y que no se trata de un cadáver. Mientras el capitalismo no haya sido destruido por una revolución proletaria, pasará por los mismos períodos de ascenso y caída, experimentará los mismos ciclos. Las crisis y las mejoras son características del capitalismo desde el día de su nacimiento; lo acompañarán hasta su tumba. Pero para definir la edad del capitalismo y su estado general, para poder darse cuenta de si se está desarrollando, si ha alcanzado su edad madura o si está llegando a su fin, es necesario analizar primero el carácter de los ciclos en cuestión, al igual que se juzga el estado del organismo humano por la forma en que respira; tranquila o jadeante, profundamente o apenas, etc.

La esencia misma de este problema, camaradas, puede representarse de la siguiente manera; tomemos el desarrollo del capitalismo (el progreso en la minería del carbón, la fabricación de telas, la producción de hierro y fundición, el comercio exterior, etc.) durante los últimos 138 años y representémoslo mediante una curva. Si expresamos el curso real del desarrollo económico mediante las curvas de esta línea, encontraremos que esta curva no se eleva como un todo, sino en zigzags con picos y valles que corresponden a períodos de desarrollo y crisis. En consecuencia, la curva de desarrollo económico muestra dos tipos de movimientos: uno fundamental, que expresa la subida general, y otro de segundo orden, que corresponde a las fluctuaciones periódicas constantes, relativas a los 16 ciclos de un periodo de 138 años. Durante todo este tiempo, el capitalismo ha vivido, aspirando y expirando de manera diferente, según los tiempos. Desde el punto de vista del movimiento básico, es decir, desde el punto de vista del desarrollo y la decadencia del capitalismo, todo el período de 138 años puede dividirse en 5 períodos: de 1783 a 1851, el capitalismo se desarrolla muy lentamente, la curva sube muy penosamente. Tras la revolución de 1848, que amplió el marco del mercado europeo, asistimos a un cambio muy brusco. Entre 1851 y 1873, la curva aumenta repentinamente. En 1873, las fuerzas productivas desarrolladas chocan con los límites del mercado. Se produce un crac. A continuación, se inicia un periodo de depresión que dura hasta 1894. Durante este periodo también se producen fluctuaciones cíclicas, pero la curva básica se

mantiene aproximadamente en el mismo nivel. A partir de 1894 se inicia un nuevo período de prosperidad capitalista, y casi hasta la guerra la curva vuelve a subir con una rapidez pasmosa. Finalmente, el colapso de la economía capitalista en el quinto período comienza en 1914.

¿Cómo se corresponde el movimiento fundamental de la trayectoria con las fluctuaciones cíclicas? Está claro que, durante los períodos de rápido desarrollo del capitalismo, las crisis son cortas y de carácter superficial; durante los períodos de recuperación, son prolongadas. En los períodos de decadencia, las crisis duran mucho tiempo y las recuperaciones son momentáneas, superficiales y basadas en la especulación. En épocas de estancamiento, se producen oscilaciones en torno al mismo nivel¹.

Así es como debe determinarse el estado general del organismo capitalista, según el carácter particular de su respiración y pulso.

Recuperación tras la guerra

Inmediatamente después de la guerra se creó una situación económica incierta. Pero a partir de la primavera de 1919 comenzó la recuperación: empezó el juego en la bolsa, los precios subieron con la rapidez de una columna de mercurio que sube en el agua hirviendo, la especulación se arremolinó con furia. ¿Industria? Siguió disminuyendo en Europa central, oriental y sudoriental, como muestran las cifras citadas anteriormente. En Francia hubo una cierta mejora, sobre todo gracias al saqueo de Alemania. En Inglaterra se produjo en parte un estancamiento, en parte una crisis, de la que sólo quedó exenta la flota mercante, cuyo tonelaje había aumentado en la misma proporción en que el comercio había disminuido realmente. En consecuencia, la recuperación de Europa fue en general medio ficticia, especulativa, y un indicio, no de un desarrollo, sino, por el contrario, de un nuevo declive de la economía general. En Estados Unidos, después de la guerra se produjo una disminución de la industria bélica y su transformación en una industria de la paz. La industria del carbón, del petróleo, del automóvil y de la construcción naval experimentan un repunte.

	Carbón, millones de toneladas	Petróleo, toneladas	Automóviles	Barcos, millares de toneladas
1918	615	356	1.153.000	3.033.
1919	494	378	1.974.000	4.075
1920	580	442	2.350.000	2.746

El camarada Varga, en su valioso folleto, observa acertadamente: “El hecho de que la recuperación de la posguerra tuviera un carácter especulativo puede verse con mayor claridad en el ejemplo de Alemania. Mientras los precios se habían multiplicado por siete en un año y medio, la industria alemana estaba en retroceso... Su situación económica era favorable a las ventas: las existencias que quedaban en el mercado nacional se exportaban al extranjero a precios mínimos.”

El mayor aumento de precios se produjo en Alemania, donde la industria seguía en declive. Donde menos subieron los precios fue en Estados Unidos, donde la industria sigue recuperándose. Entre Alemania y Estados Unidos están Francia e Inglaterra.

¿Cómo se ha producido la recuperación en sí misma y cómo puede explicarse? En primer lugar, por causas económicas: las relaciones internacionales se han reanudado,

¹ Ver L. Trotsky, *La curva del desarrollo capitalista Carta a los editores en lugar del artículo prometido*, y “Flujos y reflujos. La coyuntura económica y el movimiento obrero mundial” en esta misma serie de nuestras EIS.

aunque de forma limitada, y en todas partes se observa una demanda de las más variadas mercancías; luego se puede explicar por causas políticas y financieras: los gobiernos europeos habían temido la crisis que iba a producirse después de la guerra y habían tomado sus medidas para hacer durar la recuperación artificial que había provocado la guerra. Los gobiernos continuaron poniendo en circulación papel moneda en grandes cantidades, emitieron nuevos préstamos, gravaron los beneficios, los salarios y el precio del pan, cubriendo así parte de los salarios de los obreros desmovilizados con los fondos nacionales, y crearon una actividad económica artificial en el país. De este modo, durante todo este tiempo, el capital ficticio siguió creciendo, especialmente en los países donde la industria estaba en declive.

Sin embargo, la recuperación ficticia de la posguerra tuvo graves consecuencias políticas: se puede decir, no sin razón, que salvó a la burguesía. Si los obreros desmovilizados hubieran tenido que sufrir el desempleo desde el principio, el descenso del nivel de vida incluso en comparación con el nivel de antes de la guerra, las consecuencias podrían haber sido fatales para la burguesía. El profesor inglés Edwin Cannan escribió al respecto en una reseña de fin de año en el *Manchester Guardian*: “La impaciencia de los hombres que han regresado del campo de batalla es muy peligrosa”, y ha explicado muy sensatamente el curso favorable de la posguerra, en el momento más agudo, en 1919, por el hecho de que el gobierno y la burguesía, de común acuerdo, hicieron retroceder la crisis creando una prosperidad artificial mediante la destrucción del capital fundamental de Europa.

Cannan dice: “Si la situación económica en enero de 1919 hubiera sido la misma que en 1921, Europa occidental podría haberse sumido en el caos.” La fiebre de la guerra duró un año y medio más y la crisis sólo comenzó cuando la masa de obreros y campesinos desmovilizados ya se había dispersado más o menos por todo el país.

La crisis actual

Una vez superada la desmovilización y habiendo resistido el primer choque de las masas obreras, la burguesía recuperó la confianza tras un momento de desconcierto e incluso de pánico. Le parecía que a partir de ese momento comenzaba una era de gran prosperidad que no tendría fin. Los representantes más destacados de la política y las finanzas inglesas propusieron un préstamo internacional de 2.000 millones de libras para las obras de reconstrucción. Se creía que una lluvia de oro caería sobre Europa y crearía una prosperidad general. De este modo, la ruina de Europa, la destrucción de ciudades y pueblos, se convertiría en riqueza gracias a esta fabulosa cifra de préstamo, aunque esta cifra en sí misma sólo era un símbolo de la inmensa miseria. Sin embargo, la realidad obligó a la burguesía a abandonar rápidamente todas estas fantasías. Ya he contado cómo la crisis comenzó en Japón (en marzo), en Estados Unidos (en abril), y luego se extendió a Inglaterra, Francia, Italia y, en la segunda mitad del año, a todo el mundo. De todo lo dicho hasta ahora se desprende que, evidentemente, no estamos asistiendo en estos momentos a una mera inmersión en un nuevo ciclo industrial, sino a un ajuste de cuentas relacionado con los gastos y las ruinas de la guerra y la posguerra.

En 1913 las importaciones netas de todos los países se estimaron en 65-70 mil millones de marcos de oro. De esta suma, la parte de Rusia fue de 2.500 millones, la de Austria-Hungría de 3.000 millones, la de los países balcánicos de 1.000 millones y la de Alemania de 11.000 millones de marcos de oro. Así, las importaciones de Europa central y oriental constituían una cuarta parte de las de todo el mundo. En la actualidad, todos estos países importan menos de una quinta parte de lo que hacían antes de la guerra. Estas cifras caracterizan por sí solas el poder adquisitivo de la Europa actual.

Pero, ¿cuáles son las perspectivas económicas para el futuro próximo?

Es obvio que Estados Unidos se verá obligado a reducir su producción, pues ya no podrá reconquistar el mercado europeo como en la época de la guerra. Por otra parte, Europa sólo podrá reconstituir sus regiones más devastadas y las ramas más dañadas de su industria. De este modo, en el futuro sólo asistiremos a un doloroso retorno al estado económico de la preguerra y a una larga crisis: un marcado estancamiento en algunos países y en determinadas ramas de la industria; en otros, un desarrollo muy lento. Las oscilaciones cíclicas continuarán, pero en general la curva del desarrollo capitalista tenderá a bajar, no a subir.

Crisis, recuperación y revolución

La relación entre la recuperación económica, la crisis y el desarrollo de la revolución nos interesa no sólo desde el punto de vista teórico, sino sobre todo práctico. Muchos de ustedes recordarán que Marx y Engels, en 1851, cuando el ascenso se hacía evidente en toda su potencia, escribieron que la revolución de 1848 debía considerarse ya terminada, o al menos interrumpida hasta una nueva crisis. Engels dijo que la crisis de 1847 fue la madre de la revolución y que la reactivación de 1849-51 había favorecido la marcha victoriosa de la contrarrevolución. Sin embargo, sería erróneo e injusto explicar este juicio en el sentido de que las crisis siempre provocan la acción revolucionaria y que la recuperación tiene, por el contrario, el don de calmar a la clase obrera. La revolución de 1848 no nació de la crisis; ésta sólo le dio un impulso final. En realidad, la revolución fue provocada por una contradicción entre las necesidades del desarrollo capitalista y las cadenas que el estado político y social semifeudal le había impuesto. Sin embargo, la revolución parcial e indecisa de 1848 borró los últimos vestigios del régimen, borró los últimos vestigios del régimen de la servidumbre y de los gremios, y amplió así el marco del desarrollo capitalista. Sólo en estas condiciones puede considerarse la recuperación de 1851 como el inicio de un período de desarrollo capitalista, que duró hasta el año 1873.

¿Podemos esperar el mismo resultado de la recuperación de 1919-1920? En absoluto. No hubo ampliación del marco de desarrollo capitalista. ¿Significa esto que se excluye una mayor recuperación comercial e industrial en un futuro próximo? ¡De ninguna manera! Ya he dicho que el capitalismo aspira y expira mientras está vivo. Pero durante el período en el que hemos entrado, un período de ajuste de cuentas relacionado con la destrucción y la ruina de la guerra, un período de vuelta al antiguo estado económico, cualquier recuperación sólo puede ser superficial, especialmente porque está causada principalmente por la especulación, mientras que las crisis se harán más largas y profundas.

En este caso, ¿es posible el restablecimiento del equilibrio capitalista sobre nuevas bases? Si admitimos, por un momento, que la clase obrera no se levantará para una lucha revolucionaria, sino que, durante muchos años (digamos durante 20 o 30 años), le permitirá a la burguesía dirigir los destinos del mundo, no hay duda de que se puede establecer un cierto nuevo equilibrio. Sin embargo, Europa sufrirá un gran revés. Millones de obreros europeos habrán muerto de paro y hambre. Estados Unidos se verá obligado a buscar una nueva orientación en el mercado mundial, a reagrupar su industria, *a retroceder durante largos años*. Tras el establecimiento de una nueva división *del* trabajo en el mundo, por esta vía dolorosa en 15, 20, 25 años, podría haber comenzado una nueva época de recuperación capitalista.

Pero todo este razonamiento es abstracto y sólo considera una parte de la cuestión. Presentamos aquí el problema como si el proletariado hubiera dejado de luchar. *Sin*

embargo, no se puede hablar de ello, por la sencilla razón de que la oposición de las clases ha alcanzado, en estos últimos años, una agudeza extraordinaria.

La agudeza de las contradicciones sociales

El desarrollo económico no es un proceso automático. Hasta ahora he hablado de las bases de la producción, pero las cosas no se quedan ahí. Sobre estas bases viven y trabajan los hombres, y el desarrollo se produce a través de ellos. ¿Qué ha ocurrido en el ámbito de las relaciones entre los hombres, o más bien entre las clases? Hemos visto que Alemania y algunos otros países de Europa han retrocedido, en cuanto a su nivel económico, 20 o 30 años. ¿Pero también han retrocedido socialmente? En absoluto. Las clases en Alemania, el número de obreros y su concentración, la concentración y organización del capital, todo esto se desarrolló antes de la guerra, especialmente gracias a la prosperidad de los últimos veinte años, y este desarrollo avanzó aún más: durante la guerra, como resultado de la intervención del estado, y después de la guerra debido a la fiebre de la especulación y la acumulación de capital. Asistimos, pues, a dos procesos de evolución económica: la riqueza y la renta nacionales disminuyen, *mientras que el desarrollo de las clases avanza*. El número de proletarios aumenta, el capital se concentra en cada vez en menos manos, los bancos se fusionan, las empresas industriales se unen en trusts. En consecuencia, la lucha de clases se agudiza inevitablemente como resultado de la reducción de la renta nacional. Este es el quid de la cuestión. Cuanto más pequeña sea la base material, más encarnizada será la lucha entre las diferentes clases y agrupaciones por el reparto de la renta nacional. Nunca debemos olvidar esta circunstancia. Si Europa, en relación con su riqueza nacional, ha retrocedido treinta años, esto no significa que se haya rejuvenecido treinta años. Por el contrario, se ha empobrecido, como si tuviera 30 años menos, pero, desde el punto de vista de la lucha de clases, ha envejecido 300 años. Así se presenta la relación entre el proletariado y la burguesía.

Los campesinos

Durante el primer periodo de la guerra, se decía y se escribía que la guerra enriquecía a los campesinos de toda Europa. De hecho, el estado tenía una gran necesidad de pan y carne para su ejército. Los precios que se pagaban por estos productos eran una locura y subían constantemente, y los campesinos se llenaban los bolsillos de billetes. Con este papel moneda, que cada vez tenía menos valor, los campesinos pagaban sus deudas, que habían contraído en monedas de oro. Obviamente, esta fue una operación ventajosa para ellos.

Los economistas burgueses pensaban que esta prosperidad de la economía campesina garantizaría la estabilidad del capitalismo después de la guerra. Pero hicieron un cálculo falso. Los campesinos han liquidado sus hipotecas, pero la economía agraria no consiste sólo en pagar el dinero que se debe al banco, consiste ante todo en trabajar la tierra, fertilizarla, desarrollar las herramientas, tener buenas semillas, mejorar la técnica, etc. Esto no se hizo o costó mucho dinero. Por otra parte, escaseaba la mano de obra, la agricultura decaía y, tras un momento de prosperidad semificticia, los campesinos empezaban a arruinarse. Este fenómeno se observa, en mayor o menor medida, en toda Europa. Pero es especialmente llamativo en Estados Unidos. Los agricultores norteamericanos, canadienses, sudamericanos y australianos empezaron a sufrir terriblemente desde el día en que se supo que la Europa arruinada ya no podía comprar pan. El precio del trigo cayó. Comenzó una cierta fermentación entre los agricultores, y

el descontento se extendió por todo el mundo. Y así el campesino deja de ser el soporte del orden. *La clase obrera tiene la posibilidad de atraer a una parte de los campesinos (campesinos pobres) a la lucha, de neutralizar a otra parte (campesinos medios), de aislar y paralizar a los campesinos ricos.*

Una nueva clase media

Los reformistas se han apoyado mucho en la llamada clase media. Ingenieros, técnicos, médicos, abogados, contables, administrativos y funcionarios, etc., forman un estrato social medio conservador, situado entre el capital y el trabajo, que, según los reformistas, está destinado a conciliar las dos partes, a dirigir y al mismo tiempo apoyar el régimen democrático. Durante la guerra y después de ella, esta clase sufrió aún más que los obreros, es decir, su nivel de vida cayó más que el de la clase obrera. La disminución del poder adquisitivo del dinero, la devaluación del papel moneda, es la principal causa de este estado de cosas. En todos los países de Europa surgió un gran descontento en los círculos de los pequeños y medianos funcionarios, así como entre los intelectuales-técnicos. En Italia, por ejemplo, se está llevando a cabo una huelga de funcionarios en estos momentos. Es evidente que los funcionarios, empleados de banca, etc., no han constituido una clase proletaria, pero han perdido su antiguo carácter conservador. No apoyan al estado, sino que socavan y minan su aparato con su descontento y sus protestas.

El descontento de los intelectuales burgueses crece aún más debido a sus vínculos con la pequeña y mediana burguesía industrial y comercial. Esta última se sintió frustrada y perdida. La gran burguesía, unida en trusts, sigue enriqueciéndose, a pesar de la ruina del país. Se llevan una parte cada vez mayor de la renta nacional, que cada día es menor. La burguesía, que no participa en los trusts, y la nueva clase media, declinan tanto relativa como absolutamente.

En cuanto al proletariado, es muy probable que, a pesar de la disminución de su nivel de existencia, la parte general que toma de la disminución de la renta nacional sea mayor ahora que antes de la guerra. El capital perteneciente a los trusts tiende a reducir la parte de los obreros a sus dimensiones de antes de la guerra. En cuanto al trabajador, no le importan las estadísticas, pero sí que baje su nivel de vida y se esfuerza en aumentar su participación en la renta nacional. Así, los campesinos están descontentos con el declive de la economía agrícola; los intelectuales están empobrecidos; la pequeña y mediana burguesía está arruinada e irritada. La lucha de clases se agudiza.

Relaciones internacionales

Es evidente que las relaciones internacionales desempeñan un papel muy importante en la vida del mundo capitalista. Este último lo ha sentido con demasiada claridad durante la guerra mundial. En estos momentos, cuando nos preguntamos si el capital es capaz o no de restablecer su equilibrio mundial, es necesario darse cuenta de las condiciones internacionales en las que se desarrolla este trabajo de reconstitución. No es difícil convencerse de que las relaciones internacionales se han vuelto mucho más tensas y mucho menos adecuadas para el desarrollo “pacífico” del capitalismo que antes de la guerra.

¿Por qué estalló la guerra? Porque las fuerzas productivas se sentían aprisionadas en el marco de los estados capitalistas más poderosos. La tendencia del capital imperialista era abolir las fronteras políticas y apoderarse de toda la tierra; abolir las costumbres, las particiones que obstaculizaban el desarrollo de las fuerzas productivas.

Tal es la base económica del imperialismo y tales fueron las causas de la guerra. ¿Y el resultado? Europa es ahora más rica en fronteras y aduanas de lo que nunca ha sido. Y se ha fundado un gran número de pequeños estados. Una docena de líneas aduaneras cruzan ahora el territorio de la antigua Austria-Hungría. El inglés Keynes llamaba a Europa un manicomio, y en efecto, desde el punto de vista del desarrollo económico, todo este particularismo de estados pequeños y aislados, con sus sistemas aduaneros, etc., es un anacronismo monstruoso, una loca incursión medieval en el siglo XX. Al mismo tiempo que la península balcánica retrocede a la barbarie, Europa se balcaniza.

Como en el pasado, la relación entre Alemania y Francia excluye cualquier posibilidad de equilibrio europeo. Francia se ve obligada a saquear y abusar de Alemania para mantener un equilibrio de clases al que ya no corresponde la base agotada de la economía francesa. Alemania no puede ni quiere seguir siendo víctima de este expolio. Es cierto que se ha llegado a un acuerdo, de momento. Alemania se ha comprometido a pagar 2.000 millones de marcos de oro anuales y, además, el 26 % de sus exportaciones. Este acuerdo representa una victoria para la política británica, que quiere evitar la ocupación del Ruhr por los franceses. La mayor parte del mineral de hierro europeo está ahora en manos de Francia. La mayor cantidad de carbón en manos alemanas. La reunión del mineral de hierro francés con el carbón alemán es una condición esencial para la reactivación de la economía europea, pero esa reunión, absolutamente necesaria para el desarrollo de la producción, constituye un peligro mortal para el capitalismo inglés. Por ello, todos los esfuerzos de Londres se dirigen a impedir cualquier acercamiento, pacífico o violento, entre el mineral francés y el carbón alemán.

Francia ha aceptado provisionalmente el compromiso, sobre todo porque su aparato de producción está desorganizado y no puede utilizar ni siquiera la cantidad de carbón que Alemania está obligada a suministrarle. Pero esto no significa que el problema del Ruhr esté definitivamente resuelto. Al primer fracaso de Alemania en el cumplimiento de sus obligaciones, la cuestión del destino del Ruhr volverá a plantearse inevitablemente. La influencia de Francia en Europa, y hasta cierto punto en el mundo, que ha crecido durante el último año, no se debe al fortalecimiento del poder francés, sino al evidente y progresivo debilitamiento de Gran Bretaña.

Gran Bretaña ha derrotado a Alemania. Esa fue la principal cuestión resuelta por la última guerra. Y la guerra no fue, por su propia esencia, universal sino europea, aunque la guerra entre dos de los estados europeos más poderosos, es decir, Inglaterra y Alemania, se libró con la participación de las fuerzas y medios de lucha de todo el mundo. Inglaterra derrotó a Alemania. Sin embargo, en la actualidad, en el mercado mundial y en general en relación con toda la situación mundial, Inglaterra es más débil que antes de la guerra. Estados Unidos se ha fortalecido a costa de Inglaterra mucho más que Inglaterra a costa de Alemania.

Estados Unidos supera a Inglaterra, en primer lugar, por el carácter más racional y progresista de su industria. La productividad laboral de un obrero estadounidense es un 150 % superior a la de un obrero inglés. En otras palabras, gracias a la organización más perfeccionada de la industria dos obreros estadounidenses producen tanto como cinco obreros ingleses. Este solo hecho, que los datos estadísticos ingleses atestiguan, demuestra que Inglaterra, en su lucha con Norteamérica, está condenada de antemano, y es suficiente para llevar a Inglaterra a la guerra con Norteamérica, mientras la flota inglesa conserve la supremacía en los océanos.

El carbón estadounidense está desplazando al inglés de todo el mundo e incluso de Europa. Sin embargo, el comercio mundial de Inglaterra se basaba, sobre todo, en la exportación de carbón. Por otra parte, el petróleo se está convirtiendo en un factor decisivo en la industria y la defensa: no sólo impulsa automóviles, tractores, submarinos

y aviones, sino que también tiene una enorme ventaja sobre el carbón como fuerza motriz para los grandes buques oceánicos. Estados Unidos suministra el 70 % del petróleo que absorbe el universo. Así, en caso de guerra, todo este petróleo estaría a disposición del gobierno de Washington. Además, Estados Unidos cuenta con el petróleo mexicano, que aporta el 12 % de la producción total mundial. Por supuesto, los norteamericanos acusan a Inglaterra de haber concentrado en sus manos, fuera de las fronteras de Estados Unidos, hasta el 90 % de las fuentes mundiales de nafta y de negar a los norteamericanos el acceso a ellas, mientras que las fuentes norteamericanas se agotarán, según ellos, en pocos años. Sin embargo, todos estos datos geológicos y estadísticos son bastante arbitrarios y dudosos. Se hacen por encargo, para justificar las pretensiones de Estados Unidos sobre el petróleo de México, Mesopotamia, etc. Sin embargo, si el peligro del agotamiento de las fuentes norteamericanas fuera realmente real, esta sería una razón más que podría precipitar la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra. El problema del endeudamiento de Europa con Estados Unidos es grave. Esta deuda se estima generalmente en 18.000 millones de dólares. Estados Unidos siempre puede crear las mayores dificultades en el mercado financiero inglés exigiendo el pago de sus deudas. Como es sabido, Inglaterra ha llegado a ofrecer a Estados Unidos que renuncie a su deuda inglesa, prometiendo a su vez cancelar las deudas de sus deudores en los mercados europeos. Dado que la deuda de Inglaterra con Estados Unidos era mucho mayor que la de los países continentales de la Entente con Inglaterra, esta última se habrían beneficiado enormemente de dicha transacción. Sin embargo, Estados Unidos respondió con una negativa. No es difícil entender por qué los capitalistas yanquis no estaban dispuestos a financiar, con sus propios fondos, los preparativos de Gran Bretaña para la guerra con los Estados Unidos.

El acuerdo de Inglaterra con Japón, que lucha con Estados Unidos por la supremacía en el continente asiático, también está agravando las relaciones entre Estados Unidos e Inglaterra de forma extraordinaria.

Pero la cuestión de la flota de guerra es la que, a la vista de lo anterior, tiene un carácter especialmente espinoso. El gobierno de Wilson, tras encontrar resistencia por parte de Inglaterra en los problemas mundiales, estableció un gigantesco programa de construcción naval. El gobierno de Harding ha heredado el programa de su predecesor y lo está llevando a cabo en su totalidad. En 1924, la flota estadounidense no sólo será más poderosa que la inglesa, sino que, si no en tonelaje, sí en valor de combate, será superior a las flotas de Inglaterra y Japón juntas.

¿Qué significa esto desde el punto de vista inglés? Inglaterra se verá obligada a aceptar la provocación antes de 1924 y a intentar destruir el poderío militar, marítimo y económico de los Estados Unidos, aprovechando su actual superioridad, o a permanecer pasiva y convertirse gradualmente en una potencia de segundo o tercer orden, cediendo definitivamente a los Estados Unidos el dominio sobre los mares y océanos. Así, la última guerra entre los pueblos, que a su manera “resolvió” la cuestión europea, planteó al mismo tiempo el problema mundial en su totalidad: ¿quién dominará el mundo, Inglaterra o Estados Unidos? Los preparativos para una nueva guerra mundial se llevan a cabo a toda velocidad. Los gastos del ejército y de la flota se han incrementado enormemente en comparación con el periodo de preguerra. El presupuesto militar británico se ha triplicado, el de Estados Unidos se ha multiplicado por 3,5.

El 1 de enero de 1914, en plena “paz armada”, había 7 millones de soldados en armas en todo el mundo. A principios de 1921 había 11 millones. El grueso de estos ejércitos es, obviamente, la carga que tiene que soportar la agotada Europa.

La aguda crisis, consecuencia de la contracción del mercado mundial, hace que la lucha entre los estados capitalistas sea extremadamente amarga, alterando el equilibrio de las relaciones internacionales. No sólo Europa, sino el mundo entero es el que se está

convirtiéndose en un manicomio. Bajo estas condiciones, ya no se puede hablar de restablecer el equilibrio capitalista.

La clase obrera después de la guerra

Inmediatamente después de la guerra, la burguesía se encontraba desamparada y espantada hasta la médula del hueso; en cuanto a los obreros, especialmente los que volvían del ejército, estaban dispuestos a plantear sus reivindicaciones a gritos. Pero la clase obrera en su conjunto estaba desorientada y no sabía exactamente cómo se iba a organizar la vida después de la guerra, qué reivindicaciones se podían presentar, qué camino seguir... Aunque el movimiento, como vimos al principio, había adquirido un carácter extremadamente tempestuoso la clase obrera carecía de una dirección firme. Por otro lado, la burguesía estaba dispuesta a hacer grandes concesiones. Continuó siguiendo el régimen financiero y económico de la guerra (préstamos, inflación fiduciaria, monopolio del trigo, seguro de desempleo, etc.), es decir, la burguesía dominante continuó desorganizando sus bases económicas y destruyendo cada vez más el equilibrio de la producción y de las finanzas, para sostener, durante el período más peligroso, el de las clases. Hasta ahora, ha obtenido más o menos éxito.

Ahora pasa a la solución del problema del restablecimiento del equilibrio económico. Ya no se trata de concesiones y limosnas a la clase obrera, sino de medidas de carácter fundamental. Hay que reconstruir el aparato de producción desorganizado. Hay que devolver al dinero su valor, porque no se puede pensar en el mercado mundial sin poseer un equivalente con valor universal y, en consecuencia, tampoco se puede pensar en una industria mundial “equilibrada”, vinculada al mercado mundial.

Reconstruir el aparato de producción significa: reducir el trabajo para la fabricación de objetos de uso común y aumentar el esfuerzo para proporcionar los medios de producción. Es necesario aumentar las existencias, es decir, intensificar el trabajo y reducir los salarios.

Para restablecer el valor del dinero, no basta con negarse a pagar exorbitadas deudas; también hay que mejorar la balanza comercial, es decir, importar menos y exportar más. Y para lograr este objetivo, es necesario consumir menos y producir más, es decir, volver a reducir los salarios y aumentar la intensidad del trabajo.

Cada paso hacia la reconstrucción de la economía capitalista está ligado al aumento del grado de explotación y, por tanto, provocará inevitablemente la resistencia de la clase obrera. En otras palabras, todo esfuerzo de la burguesía por restablecer el equilibrio de la producción, de la distribución, de las finanzas del estado, pone en cuestión fatalmente el inestable equilibrio de clases. Si durante dos años después de la guerra la burguesía tendió en su política económica sobre todo a calmar al proletariado, incluso a costa de desorganizar su economía, en cambio hoy, en el momento de una crisis desconocida hasta ahora, ha comenzado a mejorar su situación económica oprimiendo cada vez más a la clase obrera.

En Inglaterra es donde vemos más claramente cómo esta opresión provoca resistencia. Y la resistencia de la clase obrera destruye la estabilidad del régimen económico y hace inútil todo intento de restablecer el equilibrio.

Ciertamente, la lucha del proletariado por el poder se prolonga. No se parece a un asalto general, no presenta el aspecto de una serie ininterrumpida de olas que suben cada vez más alto y la última barre el régimen capitalista.

En esta lucha hemos visto altibajos, ataques y defensas. Las maniobras de clase por nuestra parte no siempre fueron hábiles. Esto se debe a dos causas: en primer lugar, la debilidad de los partidos comunistas, fundados justo después de la guerra, que no tienen

ni la experiencia necesaria, ni el aparato indispensable, ni la influencia suficiente y, lo que es más importante, no prestan suficiente atención a las masas trabajadoras. Sin embargo, en los últimos años hemos dado un gran paso adelante en este campo. Los partidos comunistas se han fortalecido y desarrollado. Otra causa del carácter crónico y desigual de la lucha es la variada composición de la propia clase obrera, tal como salió de la guerra.

La guerra hizo muy poco para sacudir la burocracia obrera, sindical, política y parlamentaria. Los gobiernos capitalistas de todos los países adoptaron una actitud muy atenta e indulgente con esta superestructura obrera, comprendiendo perfectamente que sin ella no podrían asegurar la sumisión de la clase obrera durante los años sangrientos. La burocracia obrera tenía todos los privilegios y salió de la guerra con los mismos hábitos de obtuso conservadurismo con los que había entrado en ella, y aún más comprometida, más estrechamente vinculada con los estados capitalistas. Los obreros cualificados de la vieja generación, acostumbrados a sus organizaciones sindicales y políticas, especialmente en Alemania, siguen siendo, en su mayoría e incluso ahora, partidarios de la burocracia obrera, pero su estabilidad no es en para nada absoluta. Los obreros que han pasado por la escuela de la guerra, y esto es el corazón mismo de la clase obrera, han aportado al proletariado una nueva psicología, nuevos hábitos y una nueva concepción de la lucha, de la vida y de la muerte. Están dispuestos a resolver el problema por la fuerza, pero han aprendido en la guerra que la aplicación efectiva de la fuerza presupone una táctica y una estrategia bien ordenadas. Estos elementos irán a la batalla, pero quieren un liderazgo firme y una preparación seria. Varias categorías de trabajadores atrasados, entre ellos las mujeres trabajadoras cuyo número ha crecido considerablemente durante la guerra, se han convertido en estos momentos, como resultado de un cambio repentino en su conciencia, en la parte más combativa (aunque no siempre consciente) de la clase obrera. Por último, vemos en nuestra extrema izquierda a la juventud obrera que ha crecido durante la guerra, en medio de los combates y las convulsiones revolucionarias, y que estará llamada a ocupar un gran lugar en las luchas venideras.

Toda esta masa de proletarios, que ha crecido considerablemente, de obreros veteranos y de nuevos reclutas, de obreros que se han quedado y de los que han pasado algunos años en el fuego, toda esta masa, que cuenta con muchos millones, pasa por la escuela revolucionaria de diferentes maneras y en diferentes momentos.

Lo hemos vuelto a ver, con el ejemplo de los sucesos de marzo, en Alemania, donde los obreros de Alemania central, que antes de la guerra constituían el elemento más atrasado, se lanzaron a la batalla en marzo sin preguntarse si la lucha les daría la victoria, mientras que los obreros de Berlín o Sajonia, al haber logrado adquirir experiencia en el momento de las batallas revolucionarias, se volvieron más cautos. Es cierto que el curso general de la lucha, después de la guerra, y especialmente la actual ofensiva del capital, une a todos los estratos de la clase obrera, excepto a sus cimas privilegiadas. El partido comunista tiene así cada vez más la posibilidad de establecer una verdadera unidad del frente de la clase obrera.

Perspectivas y tareas inmediatas

Hay tres causas de la revolución que están relacionadas entre sí. La primera es el colapso de Europa. El equilibrio de clases en Europa se basaba, sobre todo, en la supremacía de Inglaterra en el mercado mundial. Hoy, ha perdido definitivamente esta supremacía, y nunca la recuperará. Por eso son inevitables las poderosas convulsiones revolucionarias, que pueden terminar en la victoria del proletariado o en el completo colapso de Europa.

La segunda causa de la lucha revolucionaria es la profunda perturbación que sacude todo el organismo económico de los Estados Unidos; la guerra europea está provocando una recuperación hasta ahora desconocida, seguida de una profunda crisis nacida de las prolongadas consecuencias de esta guerra. El movimiento revolucionario del proletariado norteamericano puede, en estas condiciones, adquirir una velocidad hasta ahora desconocida en la historia como la que ha caracterizado el desarrollo económico de los Estados Unidos en los últimos años.

La tercera causa de la lucha revolucionaria está determinada por la industrialización de las colonias y en primer lugar de la India. Especialmente en las colonias, será el campesinado quien dirigirá la lucha por la emancipación. Pero en esta lucha se necesita liderazgo. Este liderazgo estaba asegurado por la burguesía indígena. Sin embargo, la lucha de esta última contra el poder imperialista extranjero no puede ser ni sostenida ni enérgica, ya que la propia burguesía autóctona, estrechamente vinculada al capital extranjero, es en gran medida agente directo de este último. Sólo el advenimiento de un gran proletariado autóctono, dispuesto a luchar, es la verdadera palanca de la revolución. El proletariado hindú no es ciertamente numeroso en relación con el conjunto de la población del país, pero cualquiera que haya comprendido el significado del desarrollo de la revolución en Rusia se dará cuenta de que el papel revolucionario del proletariado en los países del este será mucho más importante de lo que su número sugiere. Esto afecta no sólo a los países puramente coloniales, como la India, y a los semicoloniales, como China, sino también a Japón, donde la opresión capitalista va de la mano del absolutismo de casta feudal y burocrático. Así, tanto la situación mundial como las perspectivas de futuro tienen un carácter profundamente revolucionario.

Después de la guerra, la burguesía recurrió a las limosnas para la clase obrera, y los colaboracionistas transformaron con entusiasmo estas limosnas en reformas (la jornada de ocho horas, el seguro de desempleo, etc.) e inauguraron una era de reformismo sobre las ruinas. Ahora la burguesía ha pasado a una contraofensiva en toda regla, hasta el punto de que un órgano inglés tan archicapitalista como el *Times* empieza a hablar con temor de los bolcheviques capitalistas. La época actual es la del contrarreformismo. El pacifista inglés Norman Angell llama a la guerra un falso cálculo. La experiencia de la última guerra ha demostrado, en efecto, que el cálculo, desde el punto de vista contable, es falso. Nunca antes la humanidad capitalista se había preparado para una nueva guerra con tanta furia como hoy. La ilusión de la democracia se hace evidente incluso para los sectores más conservadores de la clase obrera. Hace poco, sólo la democracia se oponía a la dictadura del proletariado con su terror, con su “cheka”, etc. Hoy en día, la democracia se opone cada vez más a toda forma de lucha de clases. Lloyd George propuso a los mineros que hicieran gestiones ante el parlamento y declaró que su huelga era una violencia a la voluntad nacional.

Bajo el régimen de los Hohenzollern, los obreros alemanes encontraban cierta seguridad, ciertos límites definidos en su acción; sabían en general lo que podían y no podían hacer. En la república de Ebert, el obrero en huelga siempre corre el peligro de ser degollado sin más en la calle o en una cámara de tortura de la policía. La “democracia” ofrece a los obreros alemanes en el orden político lo mismo que les ofrece en el orden económico con sus altos salarios, pagados en papel sin valor.

La tarea del partido comunista es abarcar la situación existente en su conjunto y tomar parte activa en la lucha que libra la clase obrera, para conquistar, durante esta lucha, a la mayoría de esa clase. Si la situación en cualquier país se vuelve extremadamente crítica, estamos obligados a plantear las cuestiones fundamentales de la manera más intransigente y a luchar en el estado en que los acontecimientos nos encuentren. Por otro

lado, si los acontecimientos se desarrollan de forma más regular, debemos aprovechar todas las posibilidades para tener a la mayoría de la clase obrera con nosotros, antes de que lleguen los acontecimientos decisivos.

En estos momentos, durante la lucha económica defensiva, determinada por la crisis, los comunistas deben tomar un papel muy activo en los sindicatos, en todas las huelgas y acciones, en todos los movimientos, manteniendo siempre, durante el trabajo, una estrecha unión entre ellos y actuando siempre como el ala más decidida y disciplinada de la clase obrera. La lucha económica defensiva puede ampliarse como resultado del desarrollo de la crisis y de la situación política, atrayendo a nuevas fracciones de la clase obrera, de la población, a ejércitos enteros de desempleados y, después de haber cambiado en un momento dado, puede ampliarse a una lucha revolucionaria ofensiva, terminando en la victoria. Hacia este objetivo deben dirigirse todos nuestros esfuerzos.

Pero, ¿y si, tras la crisis, la situación económica mundial mejora? ¿Significa esto que la lucha revolucionaria se habrá detenido por tiempo indefinido?

De todo mi informe, camaradas, se desprende que una nueva recuperación, que no puede ser ni larga ni grave, no determinará en absoluto una pausa en el desarrollo de la revolución. La reactivación industrial de 1849-51 fue un golpe para la revolución sólo porque la revolución de 1848 había ampliado el marco del desarrollo capitalista. En cuanto a los acontecimientos de 1914-1921, no sólo no ampliaron el mercado mundial, sino que, por el contrario, lo redujeron enormemente, de modo que la curva del desarrollo capitalista marcará, en este tiempo, más bien una tendencia a la baja. Bajo estas condiciones, una recuperación temporal sólo puede reforzar la conciencia de clase de los obreros, fortalecer sus filas no sólo en las fábricas, sino también en el campo de batalla, y dar un impulso no sólo a su contraofensiva económica, sino también a su lucha revolucionaria por la conquista del poder.

La situación es cada vez más favorable para nosotros, pero también más compleja. No conseguiremos la victoria automáticamente. El terreno está minado bajo los pies de nuestro enemigo, pero éste es fuerte, ve bien nuestros flancos débiles, sabe maniobrar mediante un cálculo frío. Nosotros, toda la Internacional Comunista, debemos aprender mucho de la experiencia de nuestras luchas de los últimos tres años, especialmente de las experiencias de nuestros errores y fracasos. Una guerra civil requiere una ciencia de la maniobra política, táctica y estratégica, requiere un conocimiento de las condiciones de cada situación, de los lados débiles y fuertes del enemigo; requiere la unión del entusiasmo con el cálculo a sangre fría; requiere el conocimiento no sólo de cómo marchar hacia adelante, sino también de cómo retirarse temporalmente para ahorrar fuerzas con el fin de dar un golpe más seguro al enemigo más tarde.

Repito: la situación mundial y las perspectivas de futuro son profundamente revolucionarias. Estas son las premisas necesarias para nuestra victoria. Pero sólo nuestra hábil táctica y nuestra poderosa organización pueden ofrecernos una garantía total. Elevar la Internacional Comunista a un nivel superior, hacerla más poderosa tácticamente, es la tarea esencial del III Congreso de la Internacional Comunista.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es